

EL LEGIONARIO

DE LA BUENA PRENSA

Se reparte gratis a los miembros de la gran Cofradía Nacional de Legionarios de la Buena Prensa.

Esta grandiosa Cofradía sólo exige una avería diaria y 5 céntimos semanales.

ADMINISTRACIÓN: Barquillo,

4 y 6.—Madrid.

Año XV 15 Febrero 1925 Núm. 730

HEROES DESCONOCIDOS

Un tipo popular de propagandista católico.

Queremos dedicar hoy unas líneas a una de esas almas humildes que florecen frecuentemente como violetas en el vergel de la Iglesia, sin ostentación ni ruido, pero embalsamando el ambiente con aromas delicadísimos de virtud cristiana. El héroe que vamos a descubrir es un ser casi completamente desconocido. Su campo de actuación puede decirse que se limitó a este barrio de Argüelles. Aquí le conocimos desde que se inauguró nuestro Santuario. Al pasar un día por las extremidades de la calle de Ferraz vimos un grupo de niños y mayorcetes apiñados alrededor de un hombre de menudo talle, de humilde vestimenta, de semblante modesto, que tenía embelesados a aquellos rapaces con el atractivo de una oratoria espontánea y popular, no aprendida seguramente en ninguna academia. Quisimos suponer que sería el caso de algún vulgar sacamuelas o vendedor de específicos maravillosos, de esos que improvisan cátedra en cualquier esquina; pero quedamos sorprendidos cuando al llegar al alcance de su perorata percibimos algunas frases de sabor catequís-

tico acompañadas de cálidas invectivas que parecían sacadas de algún sermón de misión. Uno de los transeúntes pronunció con simpatía el nombre del H.^o Vicente y aquella sola palabra nos aclaró el misterio de aquel tribuno callejero de la menuda plebe. ¡Era el H.^o Vicente!, popularísimo en todo el barrio, de todos conocido por su vida austera, por su trato sumamente espiritual y por sus pláticas propagandistas de las verdades eternas.

¿Quién era el H.^o Vicente?

Aunque la devoción popular le bautizó con el nombre de Hermano, nuestro héroe no pertenecía ni había pertenecido nunca a ningún convento. Según los datos que hemos podido adquirir, nuestro misterioso propagandista se llamaba Vicente Martín Pérez. Era natural de El Pedroso, provincia de Badajoz, hijo de padres artesanos que le dedicaron a las labores del campo. Llegado a la edad de las quintas tocóle ir al servicio militar y asistió a la célebre batalla del Puente de Alcolea. Terminado el servicio emprendió lleno de ilusión el regreso a su familia; pero al pasar por Madrid entró en la iglesia de Atocha a visitar a la Santísima Virgen, y allí sintió un extraordinario impulso interior,

que le decidió a renunciar a las satisfacciones de la familia, quedándose en Madrid para realizar los designios que le tuviese reservados la divina Providencia. Inmediatamente al salir de la iglesia de Atocha, repartió entre los pobres todos los ahorros que tenía, que no eran despreciables gracias a la vida ordenada que había observado en todo el tiempo del servicio. Buena parte de esos ahorros fueron a parar a una familia muy necesitada que después le tuvo en su casa algún tiempo como limosna. Emprendió una vida de entero desprendimiento, abnegación y penitencia. No poseía nada, ni pedía nada, ni recibía las limosnas que se le ofrecían con ocasión de sus peroratas callejeras. Para su manutención aceptaba las invitaciones de personas conocidas que hoy unas, mañana otras, le ofrecían que fuera a su casa a comer; el día que no tenía casa donde ir solía pasarlo en ayunas. El rinconcito de vivienda que tenía alquilado se lo pagaban también algunas personas caritativas. Oía Misa y comulgaba diariamente en la parroquia de San Marcos a las seis de la mañana. Los domingos permanecía en la iglesia hasta las doce oyendo todas las misas de rodillas, y para terminar tenía un largo rato de oración también de rodillas a los pies del crucifijo que hay a la entrada del templo.

El apostolado del H.^o Vicente.

Tenía el H.^o Vicente un alma verdaderamente de apóstol. Sentía pasión vehemente de llevar almas a Dios y a ello dedicaba todos sus afanes y actividad. Estaba dotado de una admirable facundia natural, la cual resultaba sorprendente en un hombre que no había pasado

del Catón en la escuela. El instinto religioso y el sentido común suplían en él la falta de ilustración, de suerte que hablaba sin agotarse en cuantas ocasiones se le ofrecían de practicar su apostolado, y le oían con encanto hasta las personas de no vulgares conocimientos. Su predicación favorita era al aire libre, a los niños y a los pobres, y siempre de asuntos relacionados con el amor de Nuestro Señor y salvación del alma. Para hallar ancho campo a sus exhortaciones visitaba mucho el Hospital General, hablando a los enfermos de todas las salas, y era tan grande el consuelo que éstos sentían, que a porfía le importunaban para que les hablase con la mayor frecuencia. Pero sin necesidad de ir a los Hospitales, hallaba copioso auditorio en las calles y plazas, donde en cualquier momento improvisaba sus instrucciones catequísticas, llenas de suave unción, que oían boquiabiertos docenas de muchachos, de militares y de curiosos. Hubo días en que llegaron a 50 las peroratas que pronunció en distintos sitios, registrándose casos de conversión muy notables. Pero al lado de estos consuelos, no dejó de recoger también frecuentemente copiosa cosecha de burlas y desprecios que él toleraba con una paz inalterable.

Pero dejemos para otro artículo la parte más interesante de su apostolado.

JOSÉ DUESO, C. M. F.

(Se continuará.)